

— No tendrás las cosas ricas de tu casa... Dime, ¿te gustan los pichones? Porque tengo pichones.

— A mí me gusta todo.

— Ayer me han regalado una anguila; ¿te gusta?

— ¿Qué más anguila que usted?»

No; esto también lo dije en espíritu... Luego se tocó el bolsillo, donde sonaban muchas llaves. Yo temblé como la espiga en el tallo.

«Tengo que salir á buscar algunas cosas... Mira, Irene te hará un pastel que á ti te gusta mucho.»

Miré á Irene, que se apretaba la boca con el pañuelo, muerta de risa y con las lágrimas corriendo todavía por sus pálidas mejillas. ¡Pastel de risa y llanto, qué amargo eras!

XLII

¡Qué amargo!

«Yo tengo que salir. Melchora vendrá pronto — dijo Calígula entrando —. ¿Pero qué tienes, niña? ¿Por qué lloras? ¿La has reñido, Máximo?... Nada, nada, tonterías. Vete á la cocina y te distraerás. ¿Harás el pastel? Mira, Máximo te ayudará, que de todo entiende... ¿Sabes lo que puedes hacer también? Sacar la vajilla, mantel, servilletas; ahí está todo en el baúl grande. Toma las llaves. Distráete, tonta. ¿Qué es eso? ¡Ay, Máximo, en diciendo que vienes tú aquí, esta joven filosófica se desconcierta!... Por supuesto, Máximo, que á ti no te gusta el cocido. Te voy á dar de comer á la francesa. ¡Verás qué

bien!, una cosa atroz... Oye, Irene, la lumbre está encendida. Todo va á ser frito, asado y nada de cazuela ni guisotes. Vamos, que ya quedará acostumbrado el mocito para volver otro día. Abur, abur. Cuidado, Irene, que al volver me lo encuentre todo arreglado.

— ¡Qué cosas tiene mi tía! — me dijo Irene cuando nos quedamos solos —. Le matará á usted de hambre. Aquí no hay nada, ni tenedores... Eso que mi tía llama la vajilla son unos cuantos platos desiguales que aun están en los baúles. ¡El comedor! Falta que haya mesa para los tres. Hasta ahora hemos comido en un veladorcito de hierro que tiene una pata menos y hay que calzarlo con una caja de galletas... Se va usted á divertir... Le juro á usted que yo preferiría mil veces comer el rancho de un hospicio á vivir más tiempo con mi tía.»

No olvidaré nunca la expresión de horror, de asco, que vi en su semblante.

«Pues usted ha venido aquí por su gusto... Vuelvo á mi tema.

— Sí; pero creí venir de paso — me respondió con una decisión que me parecía nueva en ella—. Vine como se va á una estación de ferrocarril para tomar el tren.»

Y luego, arrogante, altiva, como no la había visto nunca, revelándome una energía que me pasmó, me dijo:

«Créalo usted, pronto saldré de aquí, ó casada ó muerta.»

Me dejó frío...

«Pero, en fin, Irene, será preciso que ayudemos á doña Cándida. Si no, es fácil que al levantarnos de la mesa, tengamos que ir á comer á una fonda.»

Echóse á reír. Hízome seña de que la siguiera. Me enseñó el comedor, que era una pieza digna de estudio. Viejo estante de libros sin cristales y con cortinillas verdes hacía de aparador; pero no se vaya á creer que allí estaba la vajilla, á no ser que por tal se conceptuaran dos avecillas disecadas, dos tinteros de cobre, una cabeza de palo semejante á la que usan los peluqueros para exhibir sus trabajos, un perro de porcelana, dos ó tres platos de dudoso mérito, una zapatilla mora, un puño de espada, una ratonera y otras baratijas, que eran lo que la señora no había podido vender de sus antiguos ajuares.

«Este es el museo de mi tía — dijo Irene burlándose —. Ahora, explaye usted sus miradas por esta suntuosa *salle à manger*. Ella dice que es del gusto de la *Renaissance* por esas dos arquitas talladas que tiene ahí y por aquel cuadro de la cacería. Ambas cosas se hallan en tan mal estado, que nada quieren darle por ellas... Vea qué estilo nuevo de mueblaje. Es moda vieja esa de sentarse en sillas para comer. Aquí nos sentamos en baúles y cajas, y ponemos la mesa, ¿dónde dirá usted?... En días de gran ceremonia, en el veladorcillo que se trae del gabinete; en días comunes, sobre una tabla que se coloca encima de los brazos de aquel sillón. Hoy es día de demasiada suntuosidad, y voy á traer la mesa de la cocina. No tema usted que haga falta allí; la cocina funciona poco en esta casa, y hoy me parece que harán el gasto los fiambres. Esto está montado á la alta escuela, amigo Manso... Aprenda usted para cuando se case...»

Bien comprendía yo el horror de Irene á la casa de su tía, y aquella enérgica frase: «Ó muer-

ta ó...» Ella me la quitó de la boca para remacharla así :

«¿Comprende usted ahora lo que le dije hace poco? ¿Vivir así es vivir?... Y si yo no me ocupo de salvarme, de abrirme un camino, ¿quién puede hacerlo?»

— ¡Es verdad, es verdad!

— ¡Yo he pensado tanto en esto, he cavilado tanto...! Difícil es abrirse un camino en las circunstancias mías... : una pobre chica sola, sin padres, sin guía...»

Complacíame mucho verla tan expansiva.

«Ahora, si usted quiere — añadió —, vamos á traer la mesa de la cocina. Amigo, es preciso trabajar. Si no...»

Llevóme á la cocina, que me sorprendió por dos cosas: por su mucha limpieza y porque no veía allí, fuera del Caldero que á la lumbre estaba y que despedía rumoroso vapor, ningún síntoma, señal, ni indicio de cosa comestible.

«Eso sí — observó Irene —, hay que hacer justicia á mi tía. Todo el día se lo lleva fregoteando la cocina. A ver, Manso, coja usted por ahí.

— Yo la llevaré solo... Si puedo muy bien...

— No, no, que quiero hacer ejercicio. Me gusta esto. Obedezca usted..., coja por ese lado.»

Levantamos la mesa, y andando yo hacia atrás, pasito á paso, ella riendo, yo también, llevamos nuestra carga al comedor.

«Bueno... Ahora manteles, vajilla... Hay que abrir esos baúles... Pruebe usted las llaves, pues sólo mi tía entiende bien esto. Todavía no se han vaciado los baúles en que se trajo la mudanza.

— Vengan esas llaves...; abriremos.»

Después de diversas y no fáciles probaturas,

abrimos los tres baúles y dimos con aquel en que la loza estaba. Fué preciso para extraerla de lo profundo, sacar antes el *Año Cristiano* en doce tomos, algunas colchas, un bastidor de bordar y no sé qué más.

«Vaya, vaya..., ya tenemos platos...: la sope-
ra...; precisamente es lo que menos se necesita...; pero venga... En fin, no está del todo mal. En lo que hay escasez es en el ramo de cubiertos... Mi tía y yo, con un par de tenedores nos arreglamos; pero no sé si nuestro convidado... ¡Ah!, sí, en el otro baúl, allí donde están las escrituras de las fincas que fueron de mi tía, los papeles viejos y documentos, debe haber un juego de cubiertos... Y si no, en el museo está una daga que dicen es de Toledo...»

Yo no podía contener la risa... Y por fin, la mesa fué puesta, y no quedó mal. El mantel limpio, recién comprado, y alguna cristalería nueva dábanle excelente aspecto.

«Ahora falta lo principal — dijo Irene —. Veremos cómo sale del paso... Será una comedia graciosa, tremenda... Fíjese usted en lo que dirá al entrar... Como si lo oyera...»

Fatigada del trabajo, se sentó en una de las dos sillas que yo traje de diferentes regiones de la casa, y apoyó el codo desnudo en la mesa y la sien en el puño, dedicándose á observar las rayas del mantel. Yo, de pie al otro extremo, observaba las de la bata de ella, de color claro, veraniega y tan almidonada, que por donde quiera que iba, la tela tiesa producía vibraciones extrañas y una música que... Dejemos esto.

«¿Le parece á usted, le parece si esta vida, si esta casa son para desear seguir en ella?... ¿No está justificado que yo, por cualquier medio,

quiera emanciparme?... Y lo más particular es que así me he criado. Pero es tan distinto mi genio, soy tan contraria á este desorden, á esta miseria, como si hubiera estado toda mi vida en palacios...

— Medios tenía usted de sobra para emanciparse, como joven de mérito. Usted no debía dudar que se emanciparía, sin precipitarse por malos caminos.

— Los caminos, amigo Manso, se nos ponen delante, y hay que seguirlos. No sé si es Dios ó quién es el que los abre. Vea usted, le voy á contar. »

Y no ya un codo, sino los dos puso sobre la mesa, y vuelta hacia mí, frente á frente, á manera de esfinge, me hizo estas revelaciones que no olvidaré nunca :

«Pues mire usted, cuando yo era chiquita, cuando yo iba á la escuela, ¿sabe usted lo que pensaba y cuáles eran mis ilusiones?... No sé si esto dependía de ver la aplicación de otras niñas ó de lo mucho que quería á mi maestra... Pues bien; mis ilusiones eran instruirme mucho, aprender de todas las cosas, saber lo que saben los hombres..., ¡qué tontería! Y me apliqué tanto que llegué á tomar un barniz... tremendo... La vocación de profesora duróme hasta que salí de la escuela de institutrices. Entonces me pareció que me asemaba á la puerta del mundo y que lo veía todo, y me decía: «¿qué puedo yo hacer aquí con mis sabidurías?...» No, yo no tenía vocación para maestra, aunque otra cosa pareciese. Cuando habló usted con mi tía para que fuera yo á educar á las niñas de D. José, acepté con gozo, no porque me gustara el oficio, sino por salir de esta cárcel tremenda, por perder de

vista esto y respirar otra atmósfera. Allí descansé; estaba al menos tranquila; pero mi imaginación no descansaba...»

¡Error de los errores! ¡Y yo que, juzgándola por su apariencia, la creía dominada por la razón, pobre de fantasía; yo que vi en ella la mujer del Norte, igual, equilibrada, estudiosa, seria, sin caprichos!... Pero atendamos ahora.

«Yo he sido siempre muy metida en mí misma, amigo Manso. Así es que no se me conoce bien lo que pienso. ¡Me gusta tanto estar yo á solas conmigo pensando mis cosas, sin que nadie se entrometa á averiguar lo que anda por mi cabeza...! En casa de D. José yo cumplía bien mis deberes de maestra, yo ganaba mi pan; pero, ¡ay!, si supiera usted, amigo, lo que padecía para vencer mi tristeza y mi resistencia á enseñar...; ¡qué cargante oficio! ¡Enseñar Gramática y Aritmética! Lidiar con chicos ajenos, aguantar sus pesadeces... Se necesita un heroísmo tremendo, y ese heroísmo yo lo he tenido... Pero estaba llena de esperanza, confiaba en Dios, y me decía: «Aguanta, aguanta un poco más, que Dios te sacará de esto y te llevará á donde debes estar...»

¡Error, crasa y estúpida equivocación! Y yo que la tenía por... Pero chitón y oigamos.

«¡Y qué agradecida estaba yo al interés que usted se tomaba por mí! Pero como yo me guardaba de contarle á usted mis pensamientos, usted no me comprendía bien... Usted veía y admiraba en mí á la maestra, mientras yo aborrecía los libros; no puede usted figurarse lo que los aborrecía y lo que ahora los aborrezco... Hablo de esas tremendas Gramáticas, Aritméticas y Geografías...»

¡Y yo que creía...! ¡Y para esto, santo Dios,

nos sirve el estudio! Para equivocarnos en todo lo que es individual y del corazón... Yo la oía y me pasaba de la magnitud de mis errores. Pero no me gustaba declararlos y confesar mis torpezas. Al contrario, en aquel momento mostrábame agudo, pues con los datos positivos y de verdad que acababa de obtener podía filosofar otra vez á mis anchas, como lo había hecho lucidamente horas antes.

«Miré usted, Irene — le dije empleando ese acento, esa seguridad que nunca me falta cuando generalizo —. Lo que usted acaba de decirme no me sorprende mucho. Yo, sin comprender bien lo que usted pensaba, advertía que el fondo difería bastante de la superficie. Tenemos cierta práctica de estas cosas, ¿me entiende usted? Así es que á todos los engañaría usted menos á mí... El horror á los libros de enseñanza no estaba tan bien disimulado como otros secretillos de usted más ó menos tremendos. Y tanto lo creo así, que me parece podría seguir y marcar sin equivocarme la evolución, así decimos, de su pensamiento. Usted nació con delicados gustos, con instintos de señora principal, con aptitudes de esas que llamo sociales, y que constituyen el arte de agradar, de vivir bien, de conversar, de hacer honores y de recibirlos, todo con exquisita gracia y delicadeza. Faltan las condiciones atmosféricas para desarrollar esos instintos y esas aptitudes; y por lo mismo que le faltan, usted las desea, á ellas aspira, sueña con ellas..., y véase por qué inesperado camino se las depara la Providencia. Cumple usted fatalmente la ley asignada á la juventud y á la belleza; usted cae en eso que antes se llamaba las redes del amor..., cosa muy natural; pero que, á más de natural,

resulta ahora oportunísima, porque... Hablemos con claridad. Si Manuel se casa con Irene, como creo, y tal es su deber, tendrá Irene lo que desea; será..., vaya usted contando: esposa de un hombre notable; señora de una excelente casa, donde podrá darse toda la importancia que quiera; dueña de mil comodidades, coche, criados, palco...

— Cállese usted, cállese — me dijo poniéndose roja, y echándose á reír y escondiendo la cara.

— No, si esto no quiere decir que vaya usted por malos caminos. Al contrario, la mayor cultura trae, generalmente, mayores ventajas en el orden moral. Será usted una excelente madre de familia, una buena esposa, una señora benéfica, distinguidísima, que sirva de modelo... Lucirá usted...

— Cállese usted, cállese usted...»

Y la perspicacia que en época anterior me había faltado para comprenderla, la tuve entonces para ver claramente toda la extensión de sus ambiciones burguesas, tan disconformes con el ideal que yo me había forjado. En el fondo de aquellos pruritos de sociabilidad ¡había tanto de común y rutinario!... Irene, tal como entonces se me revelaba, era una persona de esas que llamaríamos de distinción vulgar, una dama de tantas, hecha por el patrón corriente, formada según el modelo de mediocridad en el gusto y hasta en la honradez, que constituye el relleno de la sociedad actual. ¡Cuánto más alto y noble era el tipo mío! La Irene que yo había visto desde la cumbre de mis generalizaciones; aquel tipo que partía de una infancia consagrada á los estudios graves y terminaba en la mujer esencialmente práctica y educadora; aquella Minér-

va coetánea en que todo era comedimiento, aplomo, verdad, rectitud, razón, orden, higiene...

«Lo que yo aseguro á usted — me dijo —, es que mis deseos han sido siempre los deseos más nobles del mundo. Yo quiero ser feliz como lo son otras... ¿Hay alguien que no desee ser feliz? No... Pues yo he visto á otras que se han casado con jóvenes de mérito y de buena posición. ¿Por qué no he de ser yo lo mismo? Yo se lo he pedido á Dios, Manso. Para que me concediera esto, he rezado tanto á Dios y á la Virgen...!»

¡También Santurronal... Era lo que me faltaba ya para el completo desengaño... Horror del estudio; ambición de figurar en la numerosa clase de la aristocracia ordinaria; secreto entusiasmo por cosas triviales; devoción insana que consiste en pedir á Dios carretelas, un hotelito y saneadas rentas; pasión exaltada, debilidad de espíritu y elasticidad de conciencia: he aquí lo que iba saliendo á medida que se descubría; y sobre todas estas imperfecciones descollaba, dominándolas y al mismo tiempo protegiéndolas de la curiosidad, un arte incomparable para el disimulo, arte con el cual supo mi amiga presentarse con caracteres absolutamente contrarios á los que tenía.

¿Dónde estaba aquel contento de la propia suerte, la serenidad y temple de ánimo, la conciencia pura, el exacto golpe de vista para apreciar las cosas de la vida? ¿Dónde aquel reposo y los maravillosos equilibrios de mujer del Norte que en ella vi, y por cuyas cualidades, así como por otras, se me antojó la más perfecta criatura de cuantas había yo visto sobre la tierra? ¡Ay!, aquellas prendas estaban en mis libros; producto fueron de mi facultad pensadora y sinteti-

zante, de mi trato frecuente con la unidad y las grandes leyes, de aquel funesto don de apreciar arquetipos y no personas. ¡Y todo para que el muñeco fabricado por mí se rompiera más tarde en mis propias manos, dejándome en el mayor desconuelo!... No sé adónde habría llegado yo con estas lamentaciones internas si no apareciera doña Cándida cuando menos la esperábamos...

«¡Ay!..., ¡angelitos! Veo que habéis trabajado bien...: la mesa puesta... ¡Jesús, qué lujo! ¿Pero es verdad, Máximo, que te quedas á comer? Yo creí... Como eres tan raro, nunca has querido sentarte á mi mesa...»

Irene sofocaba la risa. Yo no sé lo que dije.

«No es que no tenga que darte. Por si comías con nosotras, he traído aquí...»

De un pañuelo empezó á sacar varias cosas envueltas en papeles: un trozo de pavo trufado, un pastelón, lengua escarlata, cabeza de jabalí y otros fiambres... Cuando Calígula pasó á la cocina para traer platos en que poner su compra, Irene me dijo con expresión desdeñosa:

«Ahí tiene usted á mi tía... Cuando tiene algún dinero compra fiambres y no come otra cosa. Dice que no puede perder la costumbre de las buenas comidas, y sólo cuando está en la miseria pone una olla al fuego...»

Un momento después nos asomábamos Irene y yo al balcón. Había que esperar algún tiempo para que la comida estuviese dispuesta, y no sabíamos cómo pasar el rato, porque ni ella ni yo teníamos muchas ganas de hablar.

«Dígame usted, Irene — le pregunté con interés profundo —. ¿Si Manuel tuviese ahora un mal pensamiento y...?»

No me dejó concluir. Respondíome con una gradísima descomposición de su semblante que anunciaba dolor y vergüenza, y después me dijo:

«Me mata usted sólo con suponerlo... Si Manuel, ¡ay!... Me moriría de pena...»

— ¿Y si no se moría usted?... Se dan casos...

— Me mataría...; tengo fuerzas para matarme y volverme á matar, si no quedaba bien muerta... Usted no me conoce...»

¡Y qué verdad! Pero ya empezaba á conocerla, sí.

Doña Cándida nos desconcertó presentándose de improviso para decirme:

«Te tengo una botellita de Champagne que me regalaron el año pasado... ¡Verás qué buena! Ya pronto comemos. Melchora ha venido ya, y al momento va á freir la carne y hacer la tortilla.

— ¡Tortilla para comer..., tía!

— ¿Tú qué sabes, tonta? No me gustan bazofias...; aborrezco las ollas. ¿No eres de mi opinión, Máximo?»

— Sí, señora; todo lo que usted quiera...

— Dentro de un momento ya podéis venir. ¿Qué hora es?»

¡Qué banquete más triste! Faltaban en él las dos cosas que hacen agradable la mesa, es decir, alegría y comida. Nos sirvió primero Melchora una desabrida tortilla, que verdaderamente no sé cómo pude pasarla. Luego vino un plato de carne, escaso y seco, al cual dió doña Cándida el retumbante apodo de *filet à la Marechalle*.

«Es riquísimo, Máximo. Aquí tienes un plato que nadie sabe hacerlo ya en Madrid más que yo...»

— ¡Cuando digo que se van perdiendo las tradiciones culinarias!»

Irene me hacía guiños, gestos y mohines graciosísimos para burlarse de la comida de su tía y de la menguada mesa, en la cual no aparecieron ni en efígie los pichones y la anguila anunciados.

«Aquí tienes un pavo trufado — declaró Calígula —, que lo ha hecho expresamente para mí el señor de Lhardy... Luego te daré un platito á la francesa, que te gustará mucho... Vamos, destapa la botella de Champagne...

— Pero, señora, si esto es sidra, y no de la mejor...

— Te digo que es del propio *Duc de Montebello*. Tú entenderás de Filosofía; pero no de bebidas.

— Pero qué..., ¿vamos á comer otra tortilla?

— Es el platito de que te hablé..., *haricaut á la sauce provençale*... Lo hace Melchora á maravilla.

— Si usted me permite una franqueza, señora, le diré que esto me parece una cataplasma...; pero, en fin, se puede pasar...

— ¡Mal agradecido!... Prueba este pastel... Irene, ¿no comes?... Así es todos los días; se mantiene del aire como los eamaleones.»

Y en efecto; Irene apenas comía más que pan y un poco del famoso *filet à la Marechalle*. Considerando su sobriedad, pasó á reflexionar otra vez sobre el tema eterno.

«Quién sabe — me dije — si una crítica completamente sana y fría podría llevarte á declarar que aquellas supuestas, soñadas y rebuscadas perfecciones constituirían, caso de ser reales, el estado más imperfecto del mundo... Eso de la mujer-razón que tanto te entusiasmaba, ¿no será un necio juego del pensamiento? Hay retrúeca-

nos de ideas como los hay de palabras... Ponte en el terreno firme de la realidad, y haz un estudio serio de la mujer-mujer... Estos que ahora te parecen defectos, ¿no serán las manifestaciones naturales del temperamento, de la edad, del medio ambiente?... ¿De dónde sacaste aquel tipo septentrional más frío que el hielo, compuesto no de pasiones, virtudes, debilidades y prendas diferentes, sino de capítulos de libro y de hojas de Enciclopedia? Observa la verdad palpitante, y no vengas con refunfuños de una moral de cátedra á llamar graves defectos á los que en realidad son tan sólo accidentes humanos, partes y modos de la verdad natural que en todo se manifiesta. La pasión es propio fruto de la juventud, y el arte de disimular que tanto te espeluzna es una forma de carácter adquirida en el estado de soledad en que ha vivido esa criatura, sin padres, sin apoyo alguno. Un poderoso instinto de defensa le ha dado ese arte, con el cual sabe suplir la falta del amparo natural de la familia. Ese disimulo ha sido su gran arma en la lucha por la vida. Se ha defendido del mundo con su reserva. Y esa ambición que tanto te desagrada no es más que un producto del mismo desamparo en que ha vivido. Ha sabido acostumbrarse á deberlo todo á sí misma, y de ahí el prurito de emprenderlo todo por sí misma. Arrastrada por la pasión, ha tenido flaquezas lamentables. Su agudeza y su prudencia han sido vencidas por el temperamento... Hay que considerar lo extraordinario de las seducciones con que luchaba. Enamorada, la seducía el galán de sus sueños; pobre, la seducía el joven de posición. ¡Amor satisfecho y miseria remediada! Estos grandes imanes, ¿á quién no

UNIVERSITAT DE MURCIA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO X EL SABIO
MURCIA

llevan tras sí? El espíritu utilitario de la actual sociedad no podía menos de hacer sentir su influjo en ella. He aquí una huérfana desamparada que se abre camino, y su pasión esconde un genio práctico de primer orden...»

¡No sé qué más pensé! Levantéme de aquella antipática mesa, hastiado de alimentos fríos é insubstanciales, de las sillas que rechinaban amenazando desbaratarse, de los cuchillos que se desprendían del mango, y de aquella anfitriónisa insoportable, cuyas farsas rayaban ya en lo maravilloso.

Irene me acompañó á la sala; nos sentamos, pero no nos dijimos nada. Caía la tarde, y nos rodeaban sombras melancólicas. La tristeza de haber estado todo el día sin ver al objeto de su cariño, la tenía muda y tétrica. Y á mí me ponía lo mismo un nuevo trastorno de que fui acometido á consecuencia de lo que arriba dije. Consistía mi nuevo mal en que al representármela despojada de aquellas perfecciones con que la visitó mi pensamiento, me interesaba mucho más, la quería más, en una palabra, llegando á sentir por ella ferviente idolatría. ¡Contradicción extraña! Perfecta, la quise á la moda petrarquista, con fríos alientos sentimentales que habrían sido capaces de hacerme escribir sonetos. Imperfecta, la adoraba con nuevo y atropellado afecto, más fuerte que yo y que todas mis filosofías.

Aquella pasión suya terminada en flaqueza; aquella reserva interesantísima que permitía suponer siempre un más allá en los horizontes de su alma; la decisión de triunfar ó morir; el mismo resabio utilitario, todo me enamoraba. Hasta su graciosa muletilla, aquella pobreza de estilo por

la cual llamaba *tremendas* á todas las cosas, me encantaba. ¡Oh, cuánto más valía ser lo que fué Manuel, ser hombre, ser Adán, que lo que yo había sido, el ángel armado con la espada del método defendiendo la puerta del paraíso de la razón!... Pero ya era tarde.

Y en aquella obscuridad, á la cual llegaban tímidas luces del crepúsculo y el amarillo resplandor de los faroles públicos, la vi tan soberanamente guapa, que tuve miedo de mí mismo, y me dije: «Urge que yo salga de aquí, no sea que mi sentimiento se sobreponga á mi razón y diga ó haga las tonterías de que hasta ahora, á Dios gracias, me he visto libre.» Y en efecto, peligros noté en mí de ponerme en ridículo, si echaba fuera de mí alguna parte de la procesión que por dentro andaba. Yo me sentía mozalbete, calaverilla y un si es no es cursi... Dije tres ó cuatro frases de fórmula y me marché..., porque si no me marchaba... Casos se han visto de caracteres profundamente serios, que en un momento infeliz han caído de golpe en los sumideros de la tontería.

XLIII

Doña Javiera me acometió con furor.

Hízome temblar de espanto, porque su cólera era para mí hasta entonces desconocida, y siempre había yo visto en ella mucho ángel, afabilidad y suma tolerancia. Lo mismo fué entrar yo en la casa, á las seis del domingo, que corrío hacia mí con gesto amenazador, toméme de un brazo, llevóme á su gabinete, cerró...

«Pero, señora...»

Yo no comprendía, ni en el primer momento supe dar á sus bruscos modos la interpretación más conveniente. Creí que quería sacarme los ojos; creí después que quería sacarse los suyos. Gesticulaba como actriz de la legua, y respirando con gran fatiga, no acertaba á expresarse sino con monosílabos y entrecortadas cláusulas:

«Estoy... volada... Me muero, me ahogo... Amigo Manso, ¿no sabe usted lo que me pasa?... No resisto, me muero... ¿No sabe usted? Manuel, ¡qué pillo, qué ingrato hijo!...»

— Pero, señora...

— ¿Le parece á usted lo que ha hecho?... Es para matarle... Pues se quiere casar con una maestra de escuela.»

Y al decir *maestra de escuela*, alzaba la voz con alarido de agonía, como el que recibe el golpe de gracia...

«Alguna pazpuerca muerta de hambre..., ¡qué afrenta, Virgen, re-Virgen!... Parece mentira, un chico como él, tan listo, de tanto mérito... Vamos, esto es cosa de Barrabás..., ó castigo, castigo de Dios... Señor de Manso, ¿no se indigna usted, no salta bufando? Hombre, usted es de piedra, usted no siente... ¿Pero usted se ha hecho cargo...? ¡Una maestra de escuela!..., de esas que enseñan á los mocosos el *pe a pa*... Si le digo á usted que estoy volada...; á mí me va á dar algo...; no sé cómo no le hice así... y le retorcí el pescuezo cuando me dijo... Ahí tiene usted un hombre perdido...; adiós carrera, adiós porvenir... ¡Jesús, Jesús! Y usted no se sulfura, usted tan tranquilo...»

— Señora, vamos á comer. Serénese usted, y después hablaremos.»

El criado anunció que la comida estaba dispuesta. Antes de pasar al comedor, mi vecina me dijo del modo más solemne del mundo:

«En el señor de Manso confío. Usted es mi esperanza, mi salvación.»

— Yo...

— Nada, nada. Usted es para mi hijo lo que llaman un oráculo. ¿No se dice así?

— Así se dice.

— Pues si usted no le quita de la cabeza esa gansada, perdemos las amistades.»

Estaba escrito que todo lo malo y desagradable de aquellos días me pasara al tiempo de comer en mesa ajena. Y la de doña Javiera se parecía bien poco á la de doña Cándida en la riqueza de los manjares y régimen del servicio. Contraste mayor no se podía ver. La mesa de mi vecina ofrecía variedad de manjares sabrosos y recargados, servidos en vajilla nueva y de relumbrón. Era festín más propio de gigantes glotonos que de gastrónomos delicados. Y las consecuencias del berrinche no se conocían ni poco ni mucho en el apetito de la señora de Peña, á quien observé aquel día tan bien dispuesta como los demás del año á no dejarse morir de hambre. Lo poco que habló fué para incitarme á que me atracase, diciéndome que no comía nada, para elogiar á su cocinera y para reprender á Manuel porque hablaba demasiado alto y á todos nos aturdiría. Éste entró cuando ya habíamos tomado la sopa. Venía sumamente jovial. Le conocí que había visto á su víctima; mas no pude suponer dónde ni cómo. Probablemente habría sido en la misma casa caligulense, pues no era difícil para Manuel embaucar á doña Cándida y aun prescindir completamente de ella. Durante

toda la comida, doña Javiera no perdía ripio para reñir á su hijo, fulminando contra él los rayos de sus bellos ojos ó los de sus frases agudas y mortificantes. A mí me traía en palmitas; quería que de todo comiese, cosa imposible, y y me atendía y me obsequiaba con cariñosa finura. Cuando me despedí, después de hablar un poco sobre el consabido conflicto, le dije:

«Déjalo de mi cuenta..., yo lo arreglaré.»

Y ella: «En usted confío. Dios le bendiga por su buena obra... Cada vez que lo pienso... ¡Una maestra de escuela! Estoy abochornada. ¡Qué dirá la gente!... Será cosa de no poder salir á la calle.»

Y cuando al salir vi á Manuel que entraba en su cuarto, le indiqué que le esperaba en mi casa. Doña Javiera salió conmigo á la escalera, y en voz bajita, con semblante esperanzado y risueño, me dijo:

«Eso es; póngale usted las peras á cuarto. Duro en él... Dígale usted que no quiero maestras ni literatas en mi casa, y que mire por su porvenir, por su carrera... Como si no tuviera hijas de marqueses para elegir... Y lo que es yo, me muero si se casa con esa... A mí que no me venga con mimos, porque no le perdono...»

— Yo lo arreglaré, yo lo arreglaré.»

XLIV

Mi venganza.

Cuando Manuel se presentó ante mí, parece que tenía gran impaciencia por decirme: «¿Ha hablado usted con mamá?»

«Sí, tu mamá está furiosa. No le entra en la

cabeza que te cases con Irene; y la verdad es que no le falta razón. Ahora parece que os vais á poner en pie de aristócratas, y te convendría una buena boda. Ya ves que la pobre Irene...

— Es pobre y humilde..., y yo la quiero.»

El gato saltó de mis rodillas. ¡Con qué gusto lo acariciaba...!, y al compás de aquellos pases por el lomo del nervioso animal, ¡qué de pensamientos brotaban en mí, todos luminosos y cargados de razón!... Formé un plan y lo puse en práctica al instante.

«Dime con franqueza lo que piensas... Pero no me ocultes nada; la verdad, la verdad pura quiero.»

— Déme usted consejos.

— ¿Consejos? Venga primero lo que tú sientes, lo que deseas...

— Pues yo, querido maestró, si usted me pregunta lo que siento, le diré con toda franqueza que estoy como fuera de mí de enamorado y de ilusionado; pero si usted me pregunta si he hecho propósito de casarme, le contestaré con la misma sinceridad que no he podido adquirir todavía una idea fija sobre esto. Es una cosa grave. Por todas partes no se oye otra cosa que diatribas contra el matrimonio. Luego, tan jóvenes ambos... Hay que pensarlo y medirlo todo, amigo Manso.

— ¿Tienes algún recelo — le dije violentándome para aparecer sereno — de que Irene, esposa tuya, no corresponda á tus ilusiones, á ese tu entusiasmo de hoy...?

— Eso no, no tengo recelo... Ó porque la quiero mucho y me ciega la pasión, ó porque ella es de lo más perfecto que existe, me parece que he de ser feliz con ella...

— Entonces...

— Además, ya ve usted..., la posición de mi madre. Usted conoce á Irene, la ha tratado en casa de D. José. ¿Qué idea tiene usted de ella?

— La misma que tú.

— ¡Es tan buena, tiene tanto talento...! Nada, nada, amigo Manso, yo me embarco con ella.

— ¿Crees que no te pesará?

— Me hace usted dudar... Por Dios. Pregunta usted de un modo y da unos flechazos con esos ojos... ¡Qué sé yo si me pesará ó no...! Considere usted la época en que vivimos, las mudanzas grandísimas que ocurren en la vida. Las ideas, los sentimientos, las leyes mismas, todo está en revolución. No vivimos en época estable. Los fenómenos sociales, á cual más inesperado y sorprendente, se suceden sin tregua. Diré que la sociedad es un barco. Vienen vientos de donde menos se espera, y se levanta cada ola...»

Yo meditaba.

«¡Casarme! ¿Qué me aconseja usted?...

— ¿Serás capaz de hacer lo que yo te mande?

— Juro que sí — me dijo con entereza —. No hay nadie en el mundo que tenga sobre mí dominio tan grande como el que tiene mi maestro.

— ¿Y si te digo que no te cases?...

— Si me dice usted que no me case — murmuró muy confuso mirando al suelo y poniendo punto á su perplejidad con un suspiro —, también lo haré...

— ¿Y si además de decirte que no te cases, te mando que rompas absolutamente con ella y no la veas más?

— Eso ya...

— Pues eso, eso. No te aconsejaré términos medios. No esperes de mí sino determinaciones

radicales. De no casarte, rompimiento definitivo. Aconsejar otra cosa, sería en mí predicar la ignominia y autorizar el vicio.

— Pero ya ve usted que eso... renunciar, abandonar... Usted no puede inspirarme una villanía.

— Pues cástate.

— Si realmente...

— Yo concedo que por circunstancias especiales te resistas á unirme á ella con lazos que duran toda la vida. Yo convengo en que podrías considerar este casorio como un entorpecimiento en tu carrera... Podrías aguardar á que dentro de algún tiempo, cuando tu notoriedad fuera mayor, se te presentara un partido brillantísimo, una de estas ricas herederas que se pirran por que las llamen ministras... Eres medianamente rico; pero tu fortuna no es tan considerable que puedas aspirar á satisfacer las exigencias, mayores cada día, de la vida moderna. La riqueza general crece como espuma y las competencias de lujo llegan á lo increíble. Dentro de diez ó quince años quizás te consideres pobre, y quién sabe, quién sabe si las posiciones oficiales que ocupes ofrezcan un peligro á tu moralidad. Piénsalo bien, Manuel, mira á lo futuro, y no te dejes arrastrar de un capricho que dura unas cuantas semanas. Ten por seguro que si te dispensan la edad, entrarás en el Congreso antes de tres meses. Al año, ya tus grandes facultades de orador te habrán proporcionado algunos triunfos. Te lucirás en las Comisiones y en los grandes debates políticos. Puede ser que á los dos años de aprendizaje seas lugarteniente de un jefe de partido ó coronel de un batalloncito de dragones. De seguro acaudillarás pronto uno de esos puñados de valientes que son la de-

desperación del Gobierno. Te veo subsecretario á los veintiséis años, y ministro antes de los treinta. Entonces... figúrate : un matrimonio con cualquier rica heredera española ó americana remachará tu fortuna, y... no te quiero decir lo que esto valdrá para ti...»

El me miraba atento y pasmado. Yo, firme en mi propósito, continué así :

«Ahora examinemos el otro término de la cuestión. La pobre Irene... Es una buena chica, un ángel; pero no nos dejemos arrastrar del sentimentalismo. De estos casos de desdicha está lleno el mundo. La que cae, cae, y adivina quien te dió... Supongamos que tú, inspirándote ahora en ideas de positivismo, das por terminada la novela de tus amores, la rematas de golpe y porrazo, como el escritor cansado que no tiene ganas de pensar un desenlace. La víctima llorará, llorará; pero los ríos de lágrima son los que al fin resisten menos á las grandes sequías. Al dolor más vivo dale un buen verano, y verás... Todo pasa, y el consuelo es ley del mundo moral. ¿Qué es el Universo? Una sucesión de endurcimientos, de enfriamientos, de transformaciones que obedecen á la suprem ley del olvido. Pues bien; la joven se oculta, se desmejora; pasa un año, pasan dos, y ya es otra mujer. Está más guapa, tiene más talento y seducciones mayores. ¿Qué sucede? Que ni ella se acuerda de ti, ni tú de ella. Es verdad que su pobreza la impulsaría quizás á la degradación; pero no te importe, que la Providencia vela por los menesterosos, y esa discreta y bonita joven encontrará un hombre honrado y bueno que la ampare, uno de esos solterones que se acomodan á la calladita con los restos del naufragio...

— Por vida de las ánimas — gritó Peña con ímpetu, sin dejarme acabar —, que si no le tuviera á usted por el hombre más formal del mundo, creería que está hablando de broma. Es imposible que usted...»

Lo que yo decía hubiera sido insigne perfidia, si no fuera táctica, que mi discípulo descubrió antes de tiempo. Anticipándose á mi estratagemma, me descubría lo que yo quería descubrir. No me quedaba duda de la rectitud de su corazón...

«No siga usted — exclamó levantándose —. Yo me marchó; no puedo oír ciertas cosas...»

Y yo, entonces, me fui derecho á él, le puse ambas manos sobre los hombros, hícele caer en el asiento. Cada cual quedó en su lugar con estas palabras mías :

«Manuel, esperaba de ti lo que me has manifestado. Al suponer que yo bromeaba, veo que sabes juzgarme. No estaba seguro de tu modo de pensar, y te armé una argumentación capciosa. Ahora me toca á mí hablar con el corazón... ¿Quieres un consejo? Pues allá va... No sé cómo has esperado á pedírmelo, ni sé cómo has creído que fuera de tu conciencia hallarías la norma de conducta... Para concluir : si no te casas, pierdes mi amistad; tu maestro acabó para ti. Toda la estimación que te tengo será menosprecio, y no me acordaré de ti sino para maldecir el tiempo en que te tuve por amigo...»

Me dió un abrazo. En su efusión no dijo más que esto :

XLV

Mi madre...

«Déjala de mi cuenta... Yo la aplacaré haciéndola ver... Ella no conoce á Irene, no sabe su mérito. Le diré que la memoria de mi madre me impone la obligación de tomar bajo mi amparo á esa pobre huérfana, de cuya familia tiene la mía antiguas deudas de gratitud... Sí, lo declaro: sépalo tú y tu madre. La maestra de escuela es ahora mi hermana; su desgracia me mueve á darle este título y con él mi protección declarada, que irá hasta donde lo exijan el honor de un hombre y el decoro de una familia.»

Yo me entusiasmaba, y á cada palabra me ocurrían otras más enérgicas.

«Las preocupaciones de tu madre son ridículas. Dejémonos de abolengos, pues si á ellos fuéramos, cuán malparados quedaríais tú, tu madre y todos los Peñas de Candelario.

— Sí — gritó él con entusiasmo —, ¡abajo los abolengos!

Y no hablemos de entorpecimientos en tu carrera... ¡Si te llevas un tesoro; si es tu futura capaz de empujarte hasta donde no podrías llegar quizás con tu talento...! Sí; ¡que tiene ella pocos bríos en gracia de Dios! Manuel, no hagas caso de tu mamá; ten mucha flema. Doña Javiera cederá; déjala de mi cuenta.»

Lo que después hablamos no tiene importancia. Quedéme solo y entre triste y alegre. Vi que lo que había hecho era bueno, y esto me daba una satisfacción bastante grande para enfocarlo á ratos mis penas pensando en ellas.

Y aunque doña Javiera subió aquella misma noche á preguntarme el resultado de la conferencia, no quise hablar explícitamente.

«Convencido, señora, convencido—fué lo único que le dije.»

Ella insistía que yo estaba mal cuidado en mi habitación de soltero con ama de llaves á manera de presbítero.

«Usted no quiere seguir mi consejo, y lo va á pasar mal, amigo Manso... Esto no parece la casa de un profesor eminente. ¿Qué le pone de comer esa Petra? Bodrios y fruslerías; alimentos pobres que no dan substancia al cerebro... ¡Si tendré que venir yo todos los días á ponerle de comer...! Luego necesita usted una casa mejor. ¡Ah!, señor mío, en la calle de Alfonso XII estaremos bien. Yo me encargo de arreglarle á usted su cuartito y ponérselo como un primor. No, no venga usted dando las gracias... Soy muy llanota, y usted se lo merece. No faltaba más...»

Estas finezas se repitieron dos ó tres veces, hasta que un día, sabedora mi vecina de la resolución de su hijo y de mi consejo, se me presentó cual pantera africana, y después de alborotar con retahila de espantables imprecaciones, se me puso delante, gesticuló mucho pasando una y otra vez sus manos muy cerca de mis ojos, y al fin pude entender lo siguiente:

«Conque usted... Miren el falsillo, el trampo; en vez de predicar á Manuel para quitarle de la cabeza su barbaridad, le predica para que me traiga á casa la maestra... Señor de Manso, es usted un mamarracho.»

Y con la confianza que solía tomarme, correspondiendo á las suyas, me atreví á responderle:

«El mamarracho ha sido usted, señora doña Javiera, al suponer que yo podría aconsejar á su hijo cosa contraria á su honor.

— No hable usted así, que estoy volada...

— Vuele usted todo lo que quiera, pero en este asunto no me oirá usted hablar de otra manera.

— Pero, Sr. D. Máximo..., ¿qué se ha figurado usted, que mi hijo está ahí para que me lo atrape la primera esguízara...?

— Poco á poco, señora. Por mucha que sea la nobleza de usted, no logrará hacer pasar por cualquier cosa á mi protegida, porque sepa usted que Irene es mi protegida, hija de un caballero principalísimo que prestó á mi padre grandes servicios. Soy agradecido, y esa señorita huérfana no sufrirá desaires de ningún mocoso mientras yo viva.

— ¡Eh!, ¡eh!, aquí tenemos al caballero quijectero... ¿Sabe usted que se va volviendo cargante? Mi hijo...

— Vale menos que ella.

— Vale más, más; óigalo usted : más.»

Y á cada sílaba alzaba la poderosa voz. Sus gritos me ponían nervioso.

«Bonito servicio me ha hecho usted... Y lo que es ahora... de verano, amigo Manso.

— Por mi parte, de la estación que usted guste. Los chicos se casarán, y en paz.

— No le doy la licencia — exclamó doña Javiera puesta en jarras.

— Se la dará usted.»

Y á pesar del furor de mi amiga y vecina, yo, sereno ante ella, no podía vencer cierta inclinación á tratar humorísticamente aquel grave tema.

«¡Vaya, vaya... con los humos de esta señora!... ¿Es su hijo de usted algún Coburgo Gotha?..

— No ponga usted motes, caballero. Si somos gotas ó no somos gotas, á usted no le importa. Y por lo que valga, sepa que de muchas gotitas se compone el mar. No hay orgullo en mi casa, pero sí honradez.

— Pues también la hay en la mía.. ¡Vaya, vaya! Cuando se lleva el niño una verdadera joya, una mujer sin igual, un prodigio de talento, de belleza, de virtud..., hija de un caballero...

— ¡Hija de un caballero!... — repitió la ex carnicera con cierto aturdimiento —, de esos monigotes que van al lado del coche real... brincando sobre la silla... Si digo... Vivir para ver...

— Y el mejor día, sépalo usted, señora de Peña, me voy al Ministerio de Estado, revuelvo el archivo de la Cancillería y le saco á mi protegida un título de baronesa como una casa... Chúpate esa.

— ¿De veras, hombre? — dijo ella mezclando á la cólera un grano de risa —. Conque baronesa... Algo tendrá el agua cuando la bendicen.

— Sí, señora...

— Ella será todo lo baronesa que usted quiera; pero si apuesta á fea, no hay quien la gane. No la he visto más que una vez después que es profesora... qué alones, ¡bendito Dios! Es un palo vestido. Cosa más sin gracia no se ha visto. Parece una de esas traviatonas... No sé cómo mi niño ha tenido el antojo...

— Ha tenido muy buen gusto. La que lo tiene perverso es usted:

— No me gustan las personas sabias... ¡Una

licenciada!, ¡qué asco! La sabiduría es para los hombres, la sal para las mujeres.»

Diciendo esto, parecíame algo desenojada.

«Siga usted, siga usted — me dijo, elogian- do á su ahijada —. Es de las que destetaron con vinagre... Si la veo entrar en mi casa, creo que de un repelón...»

— No será usted tan fiera... La admitirá usted, y al poco tiempo la querrá muchísimo.

— ¿De veras...? — exclamó con dejo chules- co —. Voy viendo que el señor catedrático no ha inventado la pólvora y es primo hermano del que asó la manteca.

— Qué le hemos de hacer... Por de pronto me hará usted el favor de mandar á su criada que me planche dos camisas. Petra está mala...

— ¡Ay!, sí, señor — respondió con oficiosa solicitud, levantándose.

— Otro favorcito... Aquí tengo mi americana, á la cual le faltan botones...

— Sí, sí, sí, venga.»

Empezó á dar vueltas por la habitación como buscando quehaceres.

«Más favorcitos. Aquí tengo unas camisas que no recibirían mal un cuello nuevo.

— ¡Ya lo creo!, venga.

— Y aquí me tiene usted hoy, sin saber lo que hé de comer...

— ¡Virgen, no faltaba más! Baje usted..., ó le mandaré lo que guste...

— Bajaré... Hoy no me vendría mal que subiera una chica y arreglara un poco esto... La pobre Petra...

— Subiré yo misma. ¿Qué más?

— Que es preciso dar la licencia á Manuel.»

La risa, la complacencia, su deseo anhelante

de servirme luchaban con su inexplicable orgu- llo; pero me hacía gracia oírle decir entre risue- ña y enojada :

«No me da la gana... ¡Pues me gusta...!

— Vaya, que sí lo hará usted.

— Me llevo esto.»

Recogía mi ropa con diligencia y la exami- naba con ojos de mujer hacendosa.

«Subiré en seguida... Traeré una de las chicas para que me ayude. ¡Virgen, cómo está esta casa! Pero verá usted, verá usted qué pronto la pone- mos como el lucero del alba.»

Y desde la puerta me miró de un modo par- ticular.

«Aquello..., aquello — le grité.

— Que no me da la gana... Usted tiene ganas de oírme. El buen señor es pesadito...»

XLVI

¿Se casaron?

¡Pues ya lo creo! ¿No habían de casarse, si esto era la solución lógica y necesaria? Conciencia y naturaleza lo pedían con diversos gritos. Yo tuve empeño particular en conseguirlo. Agra- decida á mí debía vivir la tórtola profesora toda su vida, pues sin el pronto auxilio del buenazo de Manso, es seguro que no hubiera podido rea- lizarse el salvamento que se deseaba. Porque indudablemente Manuel Peña estaba indeciso aquella noche que le amonesté, y si era pode- rosa su pasión, también lo eran sus perplejida- des, sus preocupaciones y la influencia que so- bre él tenían amigos casquivanos y su amante